José Antonio Valverde revolucionó su generación con novedosas aportaciones en evolución y zoología

◀ Valverde otea el lucio de Vetalengua (Doñana) en 1952 a bordo de un cajón marismeño, balsa de proa aguda y fondo casi plano que se impulsa mediante una pértiga. Este tipo de embarcación era utilizada habitualmente por los recolectores de huevos, pues les permitía escapar de los guardas del coto, que iban a caballo (foto: Francisco Bernis).

José Antonio Valverde (1926-2003) fue el primer protagonista de la sección mensual que, con el título de *Pioneros de la Conservación*, dedicamos en *Quercus* a todas aquellas personas que han destacado por su labor en defensa de la naturaleza. La semblanza apareció publicada en abril de 2001 (*Quercus* 182), justo dos años antes de su fallecimiento. Benigno Varillas, que se encuentra enfrascado en editar las memorias de Valverde, completa ahora aquel primer artículo con un retrato más detallado de su trayectoria vital y profesional.

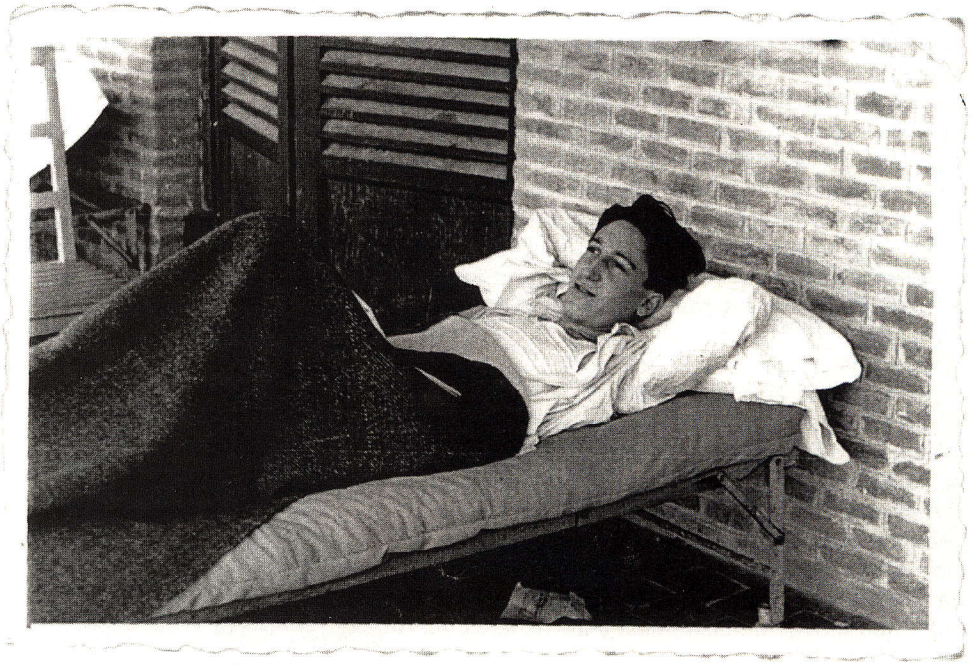
■ por Benigno Varillas

La incultura de los especialistas en lo que no sea su tema le preocupaba. "Se pierde la capacidad de interrelacionar cosas", decía. Le interesaba todo: la zoología, la historia y el arte de la caza medieval, la estrategia militar, la pesca, la construcción de barcos, la evolución, la antropología, los mamíferos, los reptiles, los anfibios, los peces, la aves y los humanos. Los datos se vinculaban en su mente y allí encontraban explicación enigmas de la ciencia y del comportamiento. Valverde analizó lo que le rodeaba con paciencia de observador impenitente y revolucionó el estudio de la naturaleza. Le molestaba más que halagaba que sólo se le reconociera como "el salvador de Doñana". No es que no estuviera orgulloso de esa proeza, que lo estaba, sino que consideraba más importantes sus investigaciones sobre el origen del hombre o su innovador trabajo como ecólogo y estudioso de las comunidades de vertebrados.

En efecto, el que más tarde llegaría a ser profesor de investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) y fundador y director de la Estación Biológica de Doñana, el doctor José Antonio Valverde (Valladolid, 1926 - Sevilla, 2003), *Tono* para los amigos, formuló a principios de los años sesenta lo que hoy en ciencia se considera un cambio de paradigma, una nueva hipótesis: la del origen granívoro del hombre, un hallazgo clave para explicar la evolución humana que enmendaba la plana a la escuela darwiniana. Aquella aportación de este intuitivo e inteligente investigador consagraba definitivamente la fama que le había acarreado su primer libro, *Aves del Sahara*, publicado en 1956 y obra pionera en ecología terrestre que dio fama internacional a la ornitología española.

Especialista en vertebrados, José Antonio Valverde trabajó en zoogeografía, evolución, sistemática, antropología y, muy especialmente, en ecología de comunidades. Sus principales aportaciones en el campo científico se refieren a los cenogramas, de gran uso entre paleontólogos y zoólogos, al descubrimiento de la relación energética entre depredador y presa, y a la fase granívora de la antropogénesis. En sociología humana dejó un agudo, provocador y extraordinario trabajo que tituló *La moral biomásica*. También describió varias especies y subespecies, a las que puso el nombre de personas e instituciones a las que quería honrar.

Un renombrado científico francés llegó a considerarle a la altura de Lamarck y Darwin por su aportación a las teorías evolucionistas. Compartía con los grandes naturalistas de la historia la curiosidad ilimitada y la capacidad de entender procesos naturales de territorios desconocidos en breve tiempo y con poca información. Como Darwin o Humboldt, que realizaron en su juventud expediciones de cinco años de duración que marcaron sus vidas y de las que extrajeron los datos para escribir su obra, Valverde tuvo su *Beagle* particular –y excepcional para lo que eran las posibilidades de la España de los cincuenta– cuando su ímpetu investigador le llevó a emprender entre los 25 y lo 29 años de edad continuos viajes de exploración a Doñana y Marruecos a partir de 1952, a La Camarga francesa en 1954 y al Sahara en 1955. En un incesante ir y venir entre Valladolid y las marismas o el desierto, reunió la experiencia y los datos necesarios para reformular desde los cimientos muchos aspectos del estudio de la naturaleza. Posteriormente visitó también la Guinea española, donde vivió aventuras zoológicas que le marcaron hondamente.



▲ Valverde a los 19 años de edad, escayolado e inmovilizado en la cama de un hospital de Carabanchel (Madrid) a causa de una tuberculosis ósea. Estuvo un año ingresado y, al regresar a su casa de Valladolid, lo único que le calmaba los dolores era coger las muletas y salir al campo. Así fue como empezó a forjarse el gran naturalista.

Ornitología estática

En el caso de Valverde moverse tenía un mérito adicional: hizo esos duros viajes, en tren, autobús y a caballo, tras librarse de las muletas con las que hasta los 21 años se valió para caminar por el campo y superar los dolores que le provocaba una tuberculosis ósea que le tuvo postrado en cama y en el hospital desde los 17 años, con una escayola que en ocasiones le abarcó más de medio cuerpo y que le dejó rígida la rodilla derecha. A los 19 años, reunió a varios amigos alrededor de su cama y les dijo: "Como los médicos dicen que no llegaré a los treinta, quiero hacer algo de provecho antes de morir. De lo que sé algo es de pájaros, así que voy a intentarlo con ellos. Como no puedo andar, vosotros tendréis que salir al campo por mí y traérmeles".

Pasó años de reposo, mimado por su familia de ocho hermanos, en la que era el segundo, y unos padres de origen acomodado que vieron declinar su patrimonio en los años cuarenta. Su padre había estudiado Bellas Artes. Dado el escaso mercado que había para la pintura en plena hambruna de la posguerra, tuvo que sacar adelante a la familia agotando su fortuna. De su padre guardaba un recuerdo muy grato. Decía que le estimuló su interés por la naturaleza y los animales, especialmente tras construirle un gallinero cuando *Tono* tenía ocho años, en el que aprendió mucha etología sin saberlo. Antes de fallecer, Valverde expresó el deseo de que parte de sus cenizas reposaran al lado de la tumba de su padre, en el panteón familiar que tienen en Valladolid, y la otra parte fuera diseminada por los cortados de las riberas del Pisuerga, donde inició sus aventuras ornitológicas.

Durante años, hermanos y amigos, como el ahora catedrático de Biogeografía, José Manuel Rubio Recio, con el que mantuvo amistad hasta la muerte, estuvieron cazando para *Tono* y llevándole las aves a su habitación. Valverde las dibujaba, las clasificaba, las medía, analizaba sus estómagos y averiguaba lo que comían. Quería mejorar la obra *Sinopsis de las aves de España y Portugal*, publicada por Gil Lletgét en 1945, y transformarla en una guía de identificación de la avifauna española.

> "Especialista en vertebrados, José Antonio Valverde trabajó en zoogeografía, evolución, sistemática, antropología y, muy especialmente, en ecología de comunidades."

Para ello hizo magníficos dibujos –parte de los cuales se publicarán en sus memorias– con tal estilo que un profesor de francés que los vio se los enseñó al director de la Casa Velázquez de Ma-

drid y éste quiso darle una beca para que estudiara Bellas Artes y expusiera su obra en París, entonces la meca de los pintores. Valverde declinó la oferta, pero logró que en 1954 le otorgaran una beca para ir a estudiar las garzas a la marisma francesa de La Camarga. Allí conoció la recién creada estación biológica de Tour de Valat, que le inspiraría la de Doñana, y a su fundador, Luc Hoffman, dueño de la multinacional farmacéutica del mismo nombre y gran naturalista, con el que sellaría una amistad que duró toda su vida. De hecho, los primeros reconocimientos a su labor científica le llegaron desde Francia, ya que en España eran a veces poco valorados o, simplemente, se adelantaron demasiado a su época.

Fruto de la preparación de los animales que le traían, aprendió a disecar. A los 21 años abrió un taller de taxidermia en Valladolid con el que ayudó a salir adelante a su familia en la dura época de la posguerra.

Aquella actividad le facilitó también el estudio de la morfología, la anatomía y la dieta de los animales más variados y aprendió mucho de taxonomía y alimentación de la fauna, factor este último que estimuló su interés por el estudio del hábitat y la ecología. Valverde se formó como autodidacta, leyendo a Cabrera, Brehm, Gil Lletgét, Huguet de Villar y otros. Con Francisco Bernis se carteaba desde 1949 y con él realizó algunas expediciones, la primera en 1952, en la que ambos descubrieron Doñana.

Influencia de Valverde en Rodríguez de la Fuente

A finales de ese año de 1952 entró en su taller un impetuoso estudiante de quinto curso de medicina de la universidad de Valladolid, que quería amaestrar aves de presa "para enseñarlas a cazar" y "me han dicho que sabes mucho de pájaros". Así conoció *Tono* a Félix Rodríguez de la Fuente, cuando ambos tenían 26 y 24 años respectivamente. Le dejó un tratado medieval de cetrería francés, que Félix aprendió de memoria, y juntos capturaron en 1953 un primer halcón peregrino para hacer cetrería. Mantuvieron siempre buenas relaciones.

En aquellos años Félix tenía más interés por el atletismo, las chicas y las juergas con sus amigos de la universidad que por la naturaleza, solía recordar *Tono*, pero luego trasladó a la cetrería el entusiasmo casi obsesivo con el que se tomaba las cosas que le enfrascaban. Lo de la conservación de la naturaleza surgió con fuerza en Félix al plantearse en 1967 la constitución de la Asociación para la Defensa de la Naturaleza (Adena), filial en España del World Wildlife Found (WWF), que fundaron con el entonces Príncipe de España, don Juan Carlos de Borbón, y con el que ambos tuvieron buena amistad.

Félix seguía las investigaciones de Valverde sobre Doñana, el Sahara o la hominización y admiraba los gráficos de relaciones entre depredadores y presas que dibujaba Valverde en sus trabajos sobre las comunidades de vertebrados, cuyas pirámides tróficas y esquemas adoptó luego Félix para facilitar el interés del público hacia sus programas y enciclopedias. Cuando pensaba dejar TVE planeó hacer una película para la gran pantalla que recogiera las ideas de Valverde sobre el origen del hombre. Pero falleció en accidente poco después.

El tratamiento antituberculoso de los años cuarenta provocó una lesión de corazón a *Tono* que le hizo padecer taquicardias desde joven e infartos a partir de los 47 años. A pesar de esa delicada salud, Valverde rompió con el sedentarismo que caracterizaba a los zoólogos españoles, recluidos en laboratorios y colecciones, y fue uno de los más impetuosos naturalistas de campo de la historia española.

▲ Valverde junto a Cristina Carro, esposa de Francisco Bernis, en una fotografía tomada durante su estancia en el Congreso Ornitológico Mundial celebrado en Basilea (Suiza) en 1954 (foto: Francisco Bernis).

El impacto internacional que causó su libro *Aves del Sahara*, último territorio colonial de España y uno de los pocos espacios en blanco del mapa zoológico de África cuando Valverde lo visitó en 1956, supuso que en 1957 le ofrecieran una plaza de colaborador eventual en el Centro de Aclimatación de Fauna (CSIC) de Almería, a los pocos años de crearse este organismo de investigación. Valverde vio llegado el momento, que tanto anhelaba, de dedicarse profesionalmente a la ciencia.

La exploración del Sahara

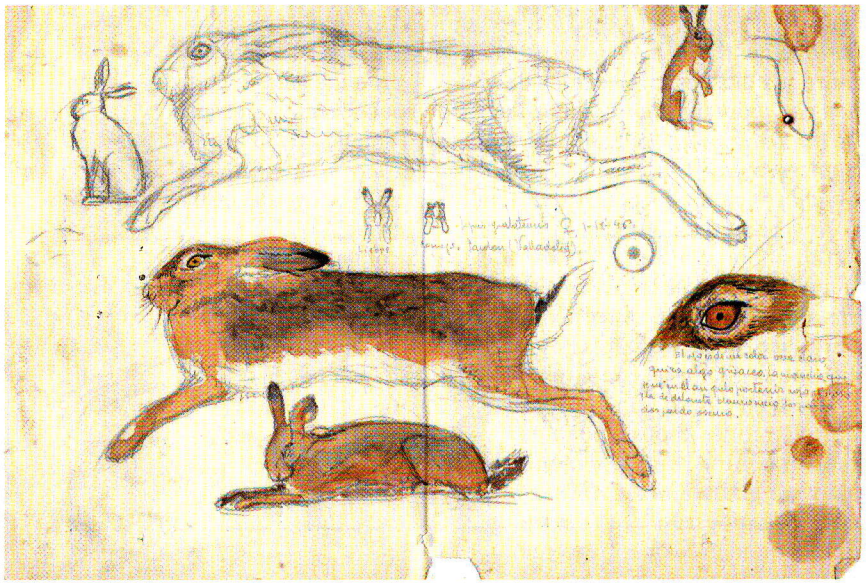
Dejó el taller de taxidermia y, como el conquistador que destruye sus naves, antes de dejar la casa paterna de Valladolid quemó decenas de manuscritos que él llamaba "lacrimógenos y neurasténicos". Se había acabado el deprimirse por no saber si podría trabajar profesionalmente en lo que le gustaba. Valverde tenía claro lo que quería: explorar, investigar y llegar a lo más alto. Se había desesperado al enterarse que a mediados de los años cincuenta un francés exploraba el desierto del Sahara. Le produjo tanta desazón la impotencia de verse sin medios para acometer él esa tarea que, tras la rabia de leer la noticia, hizo algo aparentemente descabellado: escribió una carta al Jefe del Estado, general Franco, en la que le decía que era una vergüenza que el Sahara español estuviera sin estudiar y que fuera investigado por extranjeros.

Al poco tiempo fue citado en Madrid para entrevistarse con un funcionario del organismo encargado de las colonias africanas que le facilitó medios y permisos para explorar el Sahara durante tres meses del año 1955. Fue la oportunidad de su vida, y la aprovechó.

Al volver del Sahara acusó el esfuerzo y recayó en la tuberculosis. Un médico le dijo que en el laboratorio Roche acababan de inventar un medicamento que curaba la enfermedad, pero que aún no había llegado a España. "¿Cómo ha dicho usted?", preguntó *Tono*. Ese mismo día escribió una carta a su amigo Luc. A vuelta de correo apareció en Valladolid el representante de los laboratorios en España, con un paquete para el señor Valverde. "Debe ser alguien muy importante", decía, "porque los de Suiza me han ordenado traer personalmente desde Madrid estas medicinas a toda velocidad." No fue la primera vez que Luc ayudó a *Tono* de forma decisiva –ya lo había hecho presentándole en el

círculo internacional de ornitólogos en 1954, durante el congreso ornitológico mundial de Basilea– y tampoco sería la última. Aquellas medicinas curaron a Valverde de la tuberculosis.

Al no tener titulación, en el Centro de Aclimatación de Almería fue contratado con categoría de colaborador eventual, aunque se le dio un despacho de investigador y ejercía como tal. Valverde tenía ya prestigio, con varios trabajos científicos publicados en revistas extranjeras, pero no la titulación convencional exigida para el puesto que le correspondía por sus méritos y conocimientos. Así que el fundador y primer presidente del CSIC, José María Albareda, le dijo cuando llevaba un par de años investigando en compañía de su amigo Antonio Cano las águilas perdiceras, los quebrantahuesos de Cazorla y todo bicho viviente de la zona: "Mire señor Valverde, su misión aquí en Almería es antes de nada sacar la licenciatura y hacer el doctorado". Así lo hizo. En 1959, el año en el que todos los medios de comunicación reseñaban los grandes fastos con los que se celebró el centenario de la publicación de *El origen de las especies*, Valverde se matriculaba, con 33 años de edad y por libre, en la facultad de Ciencias Naturales de la Universidad Complutense de Madrid, donde acudió para examinarse. Al ritmo de varios cursos por año, en 1961 era ya licenciado, en 1962 doctor y en 1964 director de la flamante Estación Biológica de Doñana.



▲ Apuntes de Valverde para un estudio sobre la liebre. A pesar de su buena mano, de joven rechazó una oferta para estudiar Bellas Artes en París, pues él quería ser zoólogo y sólo le interesaba el dibujo como medio para tomar apuntes sobre lo que veía.

Compañeros de curso

Para preparar los exámenes Valverde se dirigía a los catedráticos y preguntaba por "el mejor alumno" al que pedirle los apuntes. En Zoología le indicaron que el mejor era un estudiante llamado Fernando González. Valverde le regaló un ejemplar de *Aves del Sahara* al tal Fernando y le pidió los apuntes. Éste, de segundo apellido Bernáldez, le confesó años más tarde, ya buenos amigos, que nunca le hubiera dado los apuntes si no llega a leer aquel libro, lo mismo que sin el interés que le suscitó dicha lectura tampoco se hubiera metido a ecólogo y acabado de célebre catedrático en esa especialidad.

Para los apuntes de Botánica le dijeron que el mejor alumno no era uno, sino una, una chica de Almería llamada María Rosa. Así conoció *Tono* a una inteligente y atractiva estudiante de Biología, con la que se casó en 1964. Sus tres hijos son hoy brillantes profesionales: médico, ingeniero de telecomunicaciones y bioquímico, respectivamente. María Rosa Albacete, diez años más joven que Valverde, es una persona maravillosa, agradable de trato, amable y comprensiva con las iniciativas de *Tono*, que requerían desde cargar en el coche con todo tipo de bichos encontrados atropellados en la carretera, hasta ir y venir por media España recopilando datos o acumulando cepos medievales, barcas fluviales o esqueletos de ballenas.

La asignatura de Paleontología, enfocada de forma aburrida por el profesor que la impartía en Madrid, y la aparición de un cráneo de gorila en una cueva de Almería, que Valverde pensó en atribuir a un prehomínido, fueron el origen de sus investigaciones en evolución humana. Lo que luego sería un hito científico empezó como trabajo de curso "para no tener que memorizar aburridos apuntes" y aprobar así la asignatura.

Expuso su teoría sobre la antropogénesis en 1963, durante una conferencia pronunciada ante grandes expertos en el Museo del Hombre de París, publicada en francés y castellano. Pero no logró gran difusión hasta que la publicó un norteamericano, siete años más tarde y en lengua inglesa. Omitió toda referencia a Valverde, con lo que la teoría se cita desde entonces mencionando al norteamericano, no a Valverde.

Fue una espina en su vida. Meses antes de morir le consoló que el famoso antropólogo Juan Luis Arsuaga le citara en uno de sus libros por el descubrimiento pionero que había hecho sobre el origen granívoro del hombre y destacara el valor y la vigencia que aún tiene.

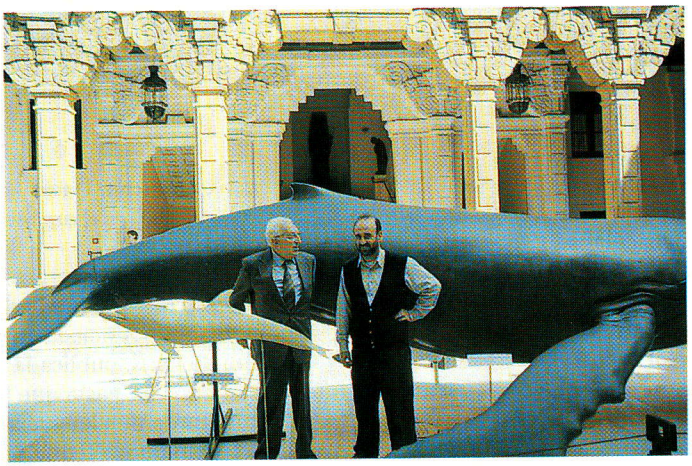
> El setenta cumpleaños le pilló en plena faena, limpiando un rorcual común de veinte metros de longitud y varias toneladas de peso que había quedado varado en la playa de Doñana.

En *Estructura de una comunidad de vertebrados*, su tesis doctoral, Valverde volvió a remover los cimientos de los estudios faunísticos y profundizó en conceptos como el "índice de apetencia" que representan las presas para los depredadores y otros descubrimientos que, además de revolucionar la ecología y la zoología, iniciaron la escuela científica de Doñana.

Valverde demostró poseer sobresalientes dotes organizativas. En 1964, tras una intensa actividad diplomática internacional, logró que mecenas y científicos de media Europa reunieran el dinero suficiente para comprar una finca en las marismas del Guadalquivir, la donaran al CSIC y se creara allí la Estación Biológica de Doñana, que dirigió hasta 1975, cuando lo dejó tras su-

frir sucesivos infartos. Su labor en el estudio y la defensa de Doñana es lo que más reconocimiento social le ha proporcionado. Durante sus últimos quince años de vida Valverde fue galardonado con casi todos los premios que una persona puede recibir en España por contribuir a defender la naturaleza. También fue objeto de numerosos homenajes y distinciones nacionales e internacionales. Muchos reconocieron en vida su labor y supieron agradecérsela con constantes manifestaciones de afecto y respeto.

Tan importante como sus méritos fue su coraje. En varias ocasiones los médicos le dieron a entender que le podían quedar pocos años de vida. Se lo temieron a los 19, a los 49 y a los 70 años, por tuberculosis ósea, infartos y cáncer, respectivamente, por no citar otras dolencias como una úlcera de estómago de la que fue operado en 1979 o una hepatitis posterior. Ante la posibilidad de morir pronto, *Tono* reaccionó siempre planteándose aprovechar el supuesto poco tiempo que le quedaba –que luego fue siempre mayor del que le pronosticaron los malos augurios– para acometer metas intelectuales que harían temblar a cualquier persona sana. Así, combatió la tuberculosis haciéndose ornitólogo de fama internacional y publicando su legendaria obra de ecología *Aves del Sahara*; los infartos con su monumental obra sobre el oso pardo y el *Libro de la Montería* del rey Alfonso XI, que tardó diez años en redactar y confiamos en publicar pronto; y con el cáncer a través de sus memorias, que abarcarán siete tomos y se encuentran en prensa. Todos sus libros, escritos con gracia y estilo literario, contienen una información de enorme interés y revelan que Valverde fue un gran escritor, amén de impresionante dibujante y un investigador de campo tan agudo como heterodoxo.



▲ El autor de este artículo, Benigno Varillas, junto a José Antonio Valverde en el patio de la Estación Biológica de Doñana (Sevilla) hace dos años, rodeados de maquetas de cetáceos (foto: B. Varillas).

A sus 76 años, en noviembre de 2002, seis meses antes de que le llegara "la negra parca", como él decía, durante un paseo otoñal por un parque de Sevilla, tras interrogar a su acompañante sobre correrías africanas varias que a todas luces debieron excitar sus sueños juveniles de explorador, Valverde puso aquella mirada vivaracha y penetrante que le caracterizaba cuando se le ocurría una de sus ideas geniales y, con todas sus enfermedades a la espalda, se paró en seco, giró levemente el cuerpo apoyándose en el bastón y dijo: "Tengo desde hace años una autorización para anillar en los pantanales de la costa norte de Cuba. ¿Crees que podríamos preparar un viaje? Tiene que haber allí cosas sorprendentes. A mi mujer le digo que qué más da que me muera allí que aquí en la cama, es más, yo prefiero lo primero, pero ella no está por la labor".

Con las botas puestas

Nunca se amilanó. Ni la edad, ni las enfermedades, ni las dificultades supusieron un freno para desplegar sus velas y afrontar los mares más arbolados. Era su forma de ser. El 70 cumpleaños le pilló en plena faena, limpiando una ballena de veinte metros de longitud y varias toneladas de peso, un rorcual común varado en la playa de Doñana. Hoy, grandes reproducciones a tamaño natural de ballenas y otros mamíferos marinos, así como sus esqueletos, cuelgan del inmenso museo que Valverde sacó adelante contra viento y marea y que causa la admiración de amigos y extraños. Fue una de sus últimas creaciones, el Museo Cetológico y del Mundo Marino de Matalascañas, en Doñana, que inició con 69 años e inauguró con 76.

Con 70 años recorrió Marruecos por enésima vez, buscando cobras y reptiles, tarea para la que en 1988 aparcó su trabajo sobre los osos y el *Libro de la Montería*. "El estudio de la herpetofauna marroquí corre prisa; están acabando con las cobras", decía. Con aquel viaje quería, entre otras cosas, confirmar una nueva especie de cobra para la ciencia. Allí conoció a los encantadores de serpientes. "Hay que verlo para creerlo", decía. "Están ahí, a pocas decenas de kilómetros y a siglos de distancia".

En el tema "Osos y LM", como él abreviaba al *Libro de la Montería*, empezó a investigar en 1977, tras los infartos que le apartaron de la dirección de Doñana. Se topó en la biblioteca de la Universidad de Sevilla con el tomo del rey Alfonso XI y decidió localizar los 1.400 montes que el monarca cazador citaba como buenos para la montería en el siglo XIV. Durante años recorrió España con una fotocopia del LM en la mano, interrogando a los viejos del lugar sobre citas toponímicas, que con el tiempo cambiaron de nombre. Localizó más de 700 montes en treinta provincias. Consultando otras obras e investigando el terreno, reconstruyó la evolución de osos y lobos en España desde el medioevo hasta nuestros días. El trabajo permanece inédito, aunque la parte que Valverde publicó en el libro *Los lobos de Morla* (1992) fue redactada con material reunido para esta obra. Entre Valverde y el pastor leonés Salvador Teruelo, protagonista de las memorias recogidas en dicho libro, lograron una obra magistral sobre el lobo ibérico.

En esos mismos años encontró tiempo para rescatar muchas barcas de las que se usaban para cruzar los ríos en España, iniciar estudios sobre los camaleones o dedicarse a la pesca en su barco *Chipirón* y con Manolo el de Chipiona, "una de las personas más inteligentes y extraordinarias que he conocido", decía.

Valverde era un hombre inteligente, observador, heterodoxo, independiente y libre. Uno de los últimos sabios universales que permitió el mundo científico, antes de que la hiperespecialización haya acabado con la posibilidad de que un investigador pueda consagrar su vida a cultivarse en decenas de líneas de trabajo y destacar en todas ellas.

La hemeroteca de **Quercus**
Artículos complementarios publicados en *Quercus*:

❑ **Quercus 182 (abril 2001)**
Ref. 5301182 / 3'50 €
· *Valverde, pionero de la investigación de campo en la España moderna*. Benigno Varillas.

Insertamos un boletín de pedidos en la página 60.

Todos los derechos reservados. © SIA, 2003.

Dirección de contacto: Benigno Varillas · c/ La Pedriza, 1 · 28002 Madrid · Correo electrónico: benigno@quercus.es